

XV aniversario de la renovación del Rosario

Florián Rodero, L.C.

Profesor emérito de mariología del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, Roma.

Desde que el rosario surgió en la baja edad media como un modo de devoción a María ha sido y continúa siendo la forma más habitual de la relación de los fieles con María.

Posteriormente se fue enraizando en los fieles como expresión de una piedad popular más indudablemente mariana.

Esta devoción, el rosario, puede considerarse como el “*princeps analogatum*” de todas las devociones marianas. Los últimos Sumos Pontífices, en sus intervenciones magisteriales marianas, han recomendado al pueblo cristiano esta forma de piedad sencilla y ellos mismos la han practicado y divulgado:

A esta oración le han atribuido gran importancia muchos de mis Predecesores. Un mérito particular a este respecto corresponde a León XIII que, el 1 de septiembre de 1883, promulgó la Encíclica *Supremi apostolatus officio*, importante declaración con la cual inauguró otras muchas intervenciones sobre esta oración, indicándola como instrumento espiritual eficaz ante los males de la sociedad. Entre los Papas más recientes que, en la época conciliar, se han distinguido por la promoción del Rosario, deseo recordar al Beato Juan XXIII y, sobre todo, a Pablo VI, que en la Exhortación apostólica *Marialis cultus*, en consonancia con la inspiración del Concilio Vaticano II, subrayó el *carácter* evangélico del Rosario y su orientación cristológica (*Rosarium virginis Mariae*, 2).

En un mundo que tiene como timbre de gloria el progreso científico cuya finalidad pretende explicar, de un modo racional, cuanto existe o está por existir, hablar de devociones puede dar la impresión de que este tipo de manifestaciones son superfluas, sobrantes, supersticiosas y hasta ridículas porque se consideran propias de épocas culturalmente infantiles.

Independientemente, pues, de concepciones científicamente reduccionistas, la Iglesia, sin embargo, ha mantenido estas expresiones muy válidas y hasta necesarias en el culto que se ofrece a Dios y sobre todo cuando están señaladamente relacionadas de algún modo con la liturgia. Para nosotros cristianos tiene la devoción popular una vigencia insustituible. A este respecto afirmó el teólogo Francisco Suárez, conocido como el “doctor eximius”,

en una fórmula lapidaria la esencialidad y justificación de la devoción: “la piedad sin la verdad es deficiente y la verdad sin la piedad está vacía”.

La persona humana es en su integridad: cerebro y corazón. Y la devoción mariana del rosario participa de ambas realidades sabiamente armonizadas en el hombre por el Sabiente Creador.

Para hacernos ver cómo estas devociones forman parte integral de la vida del fiel cristiano, el Concilio vaticano II en el documento dedicado a la liturgia escribe:

Con todo, la participación en la sagrada Liturgia no abarca toda la vida espiritual. En efecto, el cristiano, llamado a orar en común, debe, no obstante, entrar también en su cuarto para orar al Padre en secreto; más aún, debe orar sin tregua, según enseña el Apóstol. Y el mismo Apóstol nos exhorta a llevar siempre la mortificación de Jesús en nuestro cuerpo, para que también su vida se manifieste en nuestra carne mortal. Por esta causa pedimos al Señor en el sacrificio de la Misa que, “recibida la ofrenda de la víctima espiritual”, haga de nosotros mismos una “ofrenda eterna” para Sí (n. 12).

Una forma de enriquecer y alimentar la vida espiritual ha sido y es el rosario porque goza de una incuestionable actualidad. Es bueno, por tanto, y recomendable que, al celebrar el 15 aniversario de la carta apostólica de S. Juan Pablo II *Rosarium virginis Mariae* (16 de octubre de 2002), volvamos de nuevo a meditar y valorar esta secular devoción mariana.

Ciertamente toda devoción adquiere un valor añadido si posee la virtualidad de injertarse en la historia contemporánea.

Una de esas devociones que se ha enraizado hondamente en el pueblo cristiano es el rosario, porque goza de las peculiaridades de una verdadera devoción dado que, como diría Santo Tomás, toda devoción (como expresión de la verdadera religión) debe de invitar a un deseo de donarse al Señor dentro del culto a Él debido y debe de estar relacionada con Cristo (II-II.82,3) y el rosario es un camino que conduce a la meditación de los misterios salvíficos de Cristo y está por tanto centrado en Él, objeto de nuestra primera y principal devoción. En efecto, esto es lo que comenta S. Juan Pablo II en su carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae* (cf. 28-29).

El beato Papa Pablo VI, ya había desarrollado esta característica del rosario en la exhortación apostólica *Marialis cultus* (2 de febrero de 1974)

Oración evangélica centrada en el misterio de la Encarnación redentora, el Rosario es, pues, oración de orientación profundamente cristológica. En efecto, su elemento más característico —la repetición litánica en alabanza constante a Cristo, término último de la anunciación del Ángel y del saludo de la Madre del Bautista: “Bendito el fruto de tu vientre” (Lc 1,42). Diremos

más: la repetición del Ave María constituye el tejido sobre el cual se desarrolla la contemplación de los misterios; el Jesús que toda Ave María recuerda, es el mismo que la sucesión de los misterios nos propone una y otra vez como Hijo de Dios y de la Virgen, nacido en una gruta de Belén; presentado por la Madre en el Templo; joven lleno de celo por las cosas de su Padre; Redentor agonizante en el huerto; flagelado y coronado de espinas; cargado con la cruz y agonizante en el calvario; resucitado de la muerte y ascendido a la gloria del Padre para derramar el don del Espíritu Santo. Es sabido que, precisamente para favorecer la contemplación y “que la mente corresponda a la voz”, se solía en otros tiempos —y la costumbre se ha conservado en varias regiones— añadir al nombre de Jesús, en cada Ave María, una cláusula que recordase el misterio anunciado (n. 46).

Este es el motivo por el cual el rosario mantiene la perenne actualidad a lo largo de la secular historia de la iglesia porque, por medio de la contemplación de los misterios de la vida de Cristo, nos permite “entrar en comunión” con Él.

A quince años de la carta apostólica todavía se pueden ver, y con cierta frecuencia, como en el interior de los coches cuelgan los rosarios como fruto de una iniciativa del magisterio supremo de la iglesia. Quiere decir que de alguna manera hizo mella en la vida cristiana el recuerdo de esta devoción que se ha considerado como el evangelio de los pobres, compendio de la fe y recuerdo del papel que María desempeña en la obra de la salvación. Al fin y a la postre pedimos insistentemente a María —como hizo la viuda al juez en la conocida parábola del Señor- que interceda por nosotros para que se nos conceda la gracia de las gracias: la perseverancia final: “ahora y en la hora de nuestra muerte”

Por otra parte el rosario, aunque no es un acto litúrgico propiamente dicho, sin embargo no está desligado de la liturgia porque nos recuerda el rosario los mismos acontecimientos salvíficos llevados a cabo por Cristo y que la liturgia celebra sacramentalmente. Escribe, a este respecto, el beato Pablo VI en la exhortación *Marialis cultus*:

De la contemporánea reflexión han sido entendidas en fin con mayor precisión las relaciones existentes entre la Liturgia y el Rosario. Por una parte se ha subrayado cómo el Rosario en casi un vástago germinado sobre el tronco secular de la Liturgia cristiana, “El salterio de la Virgen”, mediante el cual los humildes quedan asociados al “cántico de alabanza” y a la intercesión universal de la Iglesia; por otra parte, se ha observado que esto ha acaecido en una época —al declinar de la Edad Media— en que el espíritu litúrgico está en decadencia y se realiza un cierto distanciamiento de los fieles de la Liturgia, en favor de una devoción sensible a la humanidad de Cristo y a la bienaventurada Virgen María (n. 48).

A quienes todavía pudieran experimentar recelos en vincular el rosario con la liturgia, el mismo Santo Padre añade otra consideración que corrobora la proximidad existente entre liturgia y la devoción mariana por excelencia:

Establecida esta diferencia sustancial, no hay quien no vea que el Rosario es un piadoso ejercicio inspirado en la Liturgia y que, si es practicado según la inspiración originaria, conduce naturalmente a ella, sin traspasar su umbral. En efecto, la meditación de los misterios del Rosario, haciendo familiar a la mente y al corazón de los fieles los misterios de Cristo, puede constituir una óptima preparación a la celebración de los mismos en la acción litúrgica y convertirse después en eco prolongado. Sin embargo, es un error, que perdura todavía por desgracia en algunas partes, recitar el Rosario durante la acción litúrgica (*Marialis cultus, ibid.*)

Independientemente de la relación del rosario con la liturgia, esta devoción mariana es en sí misma una oración. Hay diversas formas de considerar el modo de hacer oración: oración vocal, oración interior, de contemplación, comunitaria, individual, de súplica, de agradecimiento, de adoración, de petición y un largo etcétera de modalidades. Con muchas de estas maneras se podría identificar el rosario.

El mismo S. Pablo nos recuerda en la carta a los efesios (6,18) los múltiples modos que hay para dirigirse a Dios: “Eleven constantemente toda clase de oraciones y súplicas”.

Fijémonos en una de estas características del rosario como oración de contemplación.

Cuando se reza el rosario no mecánica o rutinariamente, sino con un ritmo tranquilo, de humilde imploración, de reflexión de la vida de Cristo (razón por la cual el santo Padre Juan Pablo II añadió otros cinco misterios que completaban mejor el ritmo de la vida del Señor), se transforma en un momento de serenidad, de sosiego que nos permite abstraernos del ruido- so ajeteo de nuestras ocupaciones y preocupaciones, distintivo de nuestra época estrepitosa y acelerada. A vivir este recogimiento interior nos exhortó el beato Pablo VI en la destacada homilía en Nazaret:

Renazca en nosotros la valorización del silencio, de esta estupenda e indispensable condición del espíritu; en nosotros, aturdidos por tantos ruidos, tantos estrépitos, tantas voces de nuestra ruidosa e hipersensibilizada vida moderna. Silencio de Nazaret, enséñanos el recogimiento, la interioridad, la aptitud de prestar oídos a las buenas inspiraciones y palabras de los verdaderos maestros; enséñanos la necesidad y el valor de la preparación, del estudio, de la meditación, de la vida personal e interior, de la oración que Dios sólo ve secretamente (Nazaret, 5 de enero de 1964).

El rosario nos debe de ayudar a saber descubrir que puede haber un encuentro con el Señor por medio de la cercanía con María: a Jesús por María. Así nos lo recuerda *Rosarium Virginis Mariae*:

Pero el motivo más importante para volver a proponer con determinación la práctica del Rosario es por ser un medio sumamente válido para favorecer en los fieles la exigencia de contemplación del misterio cristiano, que he propuesto en la Carta Apostólica *Novo millennio ineunte* como verdadera y propia ‘pedagogía de la santidad’: “es necesario un cristianismo que se distinga ante todo en el arte de la oración”. Mientras en la cultura contemporánea, incluso entre tantas contradicciones, aflora una nueva exigencia de espiritualidad, impulsada también por influjo de otras religiones, es más urgente que nunca que nuestras comunidades cristianas se conviertan en «auténticas escuelas de oración (n. 5).

El 5 de mayo de 1917 el Papa Benedicto XV suplicó públicamente a María que cesara la segunda guerra mundial y la invocó como “Reina de la paz”, ordenando que se añadiera esta invocación en las letanías lauretanas y pidió que se rezara el rosario con esta intención para que finalizara el conflicto de las armas y reinara la paz de las almas como posteriormente diría Pío XII. Así se dirigió el Papa Benedicto XV a la Madre de Dios:

A María, entonces, quien es Madre de Misericordia y omnipotente por la gracia, suba este amoroso y devoto llamado desde todos los rincones de la tierra—desde los nobles templos y las más pequeñas capillas, desde los palacios reales y las mansiones de los ricos como desde las más pobres casuchas—desde las llanuras bañadas de sangre y de los mares, suba hasta Ella el llanto angustiado de las madres y las viudas, el gemido de los pequeños inocentes, los suspiros de todos los corazones generosos: que Su más tierna y benigna solicitud sea conmovida, y la paz que Nos pedimos sea alcanzada para nuestro mundo agitado.

Poco después de haber suplicado así a María, la Virgen le respondió con la aparición en Fátima y la promesa del fin de la guerra. Entre las peticiones que la Virgen solicitó a los pastorcitos en las diversas apariciones estaba el rezo del rosario. Posteriormente esta petición quedó plasmada en la canción popular: *del cielo ha bajado la Madre de Dios y el santo rosario rezar les mandó*. Con esto quiero recalcar cómo el rosario está vinculado a un deseo expreso de María para que se rece en tiempos difíciles para la humanidad.

El mundo de hoy vive también las dolorosas experiencias de conflictos bélicos en diversas partes del mundo que amenazan con poner en serio riesgo el equilibrio y la paz mundial. Volver a retomar la invitación del Papa S. Juan Pablo II a rezar el rosario para rezar por el cese de los diversos conflictos locales y que los corazones beligerantes se transformen en oasis de paz, para que el Juez y Árbitro de las naciones haga el milagro de que de *sus*

espadas forjen arados y podaderas de sus lanzas y no levante la espada una nación contra otra y nunca más los hombres se adiestren para la guerra (cf. Is 2,4).

Pero no solamente el rosario ha sido un arma poderosa para hacer cesar las guerras, sino y sobre todo para conseguir la paz interior. La paz se juega en el interior del corazón humano.

El Rosario es una oración orientada por su naturaleza hacia la paz, por el hecho mismo de que contempla a Cristo, Príncipe de la paz y él es “nuestra paz” (Ef 2,14). Quien interioriza el misterio de Cristo —y el Rosario tiende precisamente a eso— aprende el secreto de la paz y hace de ello un proyecto de vida. Además, debido a su carácter meditativo, con la serena sucesión del Ave María, el Rosario ejerce sobre el orante una acción pacificadora que lo dispone a recibir y experimentar en la profundidad de su ser, y a difundir a su alrededor, paz verdadera, que es un don especial del Resucitado (cf. Jn 14, 27; 20,21) (*Rosarium Virginis Mariae*, 40).

Regresando de nuevo al recuerdo de las apariciones de la Virgen en Fátima, recordemos que estamos celebrando el centenario de estas apariciones. No son las mismas circunstancias, pero tampoco son tan diferentes. Las guerras no solamente se hacen con las armas; la guerra que puede destruir a la humanidad es el olvido de Dios, la pérdida de la conciencia de que somos creaturas dependientes en el ser y que hay Alguien que por encima de nuestras cabezas rige el destino de los pueblos, pero que la flecha de nuestras vidas puede desviarse de la diana final. La celebración, pues, por una parte del 15 aniversario de la carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, y por otra del centenario de las apariciones de Fátima nos deben suscitar el deseo de hacer reverdecer en nuestros corazones esa oración que tantos frutos ha dado a la iglesia y ha sembrado de gracias el campo cristiano de nuestros corazones.

Deseo en particular recordar, por la incisiva influencia que conservan en la vida de los cristianos y por el acreditado reconocimiento recibido de la Iglesia, las apariciones de Lourdes y Fátima, cuyos Santuarios son meta de numerosos peregrinos, en busca de consuelo y de esperanza (*Rosarium Virginis Mariae*, 7).

Dentro de este contexto, desearía crear una comunión de eventos entre Fátima y el 15 aniversario de la carta apostólica.

Hay que rezar muchos rosarios, si es posible diariamente. Este fue el deseo expreso de María cuando en la aparición del 13 de mayo les dijo expresamente a los tres pastorcitos: *Rezad el Rosario todos los días para alcanzar la paz del mundo y el fin de la guerra.*

Hay, pues, un lazo entre rosario y salvación. Recordemos que en la segunda aparición la Virgen se expresó de la siguiente manera: *Jesús mío, perdónanos, líbranos del fuego del infierno, lleva todas las almas al cielo, especialmente las más necesitadas*. Súplica que ha quedado añadida como parte integral al final de cada misterio. Las palabras de uno de los santos más actuales, Bartolomé Longo afirmó que “quien propaga el rosario se salva”.

Y el 13 de octubre de 1917, en la última aparición, antes de producirse el famoso milagro del sol, en el que el astro pareció desprenderse del firmamento y caer sobre la muchedumbre, la Madre de Dios pidió que hicieran en ese lugar una capilla en su honor y se presentó como la “Señora del Rosario”. Posteriormente, tomando un aspecto más triste dijo: “Que no se ofenda más a Dios Nuestro Señor, que ya es muy ofendido”.

La aparición de la Virgen en Lourdes con el rosario en las manos, estaría garantizando que es voluntad de Dios que a la plegaria del rosario estén vinculadas innumerables gracias que el Señor quiere otorgar y que ésta ya secular y frecuente devoción mantiene hoy en día su particular vigencia.

Una última consideración acerca del año jubilar de la misericordia, recientemente clausurado. El rosario ha sido la oración que con más frecuencia se ha rezado comunitaria y públicamente. El año de la misericordia ha servido para recordar que el Señor no se cansa de perdonar, como reza el estribillo repetitivo del salmo 135: eterna es su misericordia, reiteración que concuerda perfectamente con la segunda parte del Ave María.

Y aquí se puede hacer de nuevo coincidir la liturgia con la devoción mariana por excelencia. La santa Misa comienza con la petición humilde al Señor de la misericordia que perdone nuestros pecados: yo confieso... y el Señor tenga misericordia de nosotros. Esta misma petición le hacemos al Señor por medio de María, la Madre de la misericordia. Dios ha querido vincular la gracia del perdón a la intercesión de su Madre, la omnipotencia suplicante: ruega por nosotros, pecadores...